

# EL DIARIO DE ALBACETE

DECANO DE LA PRENSA LOCAL  
AÑO XXI—Núm. 12.859

SERVICIO TELEGRÁFICO  
DOS EDICIONES DIARIAS

Domingo 16 de Julio de 1922

REDACCIÓN E IMPRENTA  
PADRE ROMANO, 3

FRANQUEO CONCERTADO  
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



## Máquina de escribir Underwood

Campeón oficial desde hace  
15 años consecutivos

C. M. Guillermo Trániger, S. A. - Apartado 298 - Barcelona

Representante en Albacete:

Emilio Gomez, Estrella 8.

DE ACTUALIDAD

## El cañón contra los gorriones

El señor Cierva, educado en la escuela de don Antonio Maura, ha tenido muchas veces para la prensa, ó para gran parte de la prensa, ó lo ha simulado al menos, un grandísimo desdén. Durante ocho ó diez años fueron objeto y víctima los señores Maura y Cierva de una campaña de prensa como no se hizo aquí semejante contra otro ó otros hombres públicos, de los sospechosos con razón ó sin ella de concusionarios, ó que tuvieron la desgracia de presidir grandísimos infelices nacionales. En política todo prescribía entre nosotros a los seis meses ó á las seis semanas de ostracismo, menos el error de los señores Maura y Cierva, en el que participaron los demás ministros de 1909 que no aconsejaron el indulto de un reo al que el sectarismo sacó de la vulgaridad.

Tal excepción, en daño de los señores Maura y Cierva, prevaleció y se mantuvo por la conducta de estos señores que dejaban decir á los periódicos hostiles sin ponerles personal rectificación. Si uno y otro, amparándose en la ley, hubieran rectificado cada vez que se propalaban por error ó por malicia inexactitudes respecto de su actuación, de otra manera se habría desvanecido la política. El silencio y el desdén dejaron margen amplísimo para la maniobra.

## De Sociedad

Con extraordinaria asistencia de hermosas albacetenses, se verificó á las 11 del día de ayer el enlace matrimonial de la bella y encantadora señorita Carmen Arteaga Sánchez, hija del prestigioso capitán de infantería, perteneciente á la zona de reclutamiento de esta capital, don Francisco Arteaga López, con el ingeniero del Catastro con destino en Melilla don Antonio Guzmán Pérez.

El acto se celebró en el altar mayor de la Parroquia de San Juan. Bendijo la unión el culto sacerdote de Burgos don Alejandro Constantino Sánchez Bahamonde, hermano de la madre de la contrayente. Fueron padrinos el padre de la novia y la madre del novio, doña Manuela Folgueras.

Firmaron el acta el Gobernador civil señor Mérida, el Gobernador

De aquella equivocación parece curado el señor Cierva solo que ahora, alguna vez, cae en el defecto contrario, en el de dar proporciones excesivas á lo que con relación á su persona dicen algunos periódicos. Cierto que no es agradable, ni muchísimo menos ver que se le de aire á un embuste como el del encartamiento en las responsabilidades derivadas del expediente Picasso, pero no lo es menos, que los sueltos erróneos, y más los que rerumaron jugo de malicias y aun de vileza, no merecían otra cosa que una rectificación rotunda que nunca sería negada en el propio periódico y en docena y media de líneas.

El señor Cierva no lo ha estimado así y en las Cortes ha pronunciado un largo, elocuente y documentado discurso para demostrar que no hay nada de lo que se decía, y que hay gran ignorancia y mayor malicia en lo que se insinuaba. Está bien. Lo que abunda no daña, si lo que abunda es bueno, pero soñarle un discurso como ese de ayer á unas gacetas periodísticas ó á unas murmuraciones fabricadas en el gran chismógrafo, me parece que es como cazar gorriones á cañonazos, siendo así que bastaría una perdigonada.

PATRICIO

militar señor García Ibáñez, el Director de la Sucursal del Banco de España don Enrique Domínguez, don Manuel Guzmán Folguera, don Julián Serrano y don Antonio Yuste.

Entre la concurrencia figuraban distinguidos oficiales del Ejército y el general Aguilar, marqués de Villamarín. Terminado el acto, los numerosos invitados que asistieron á él, se trasladaron en automóviles al Restaurant Rodenas, donde fueron obsequiados espléndidamente.

Los nuevos esposos salieron para Madrid, con el propósito de pasar en dicha corte unos días, y después marcharán á Melilla. Deslémos al nuevo matrimonio una luna de miel eterna.

Alonso Molina Sanchez.

**INOQUES**  
CIRUJANO—DENTISTA  
Mayor, 22. principal  
ALBACETE

## La condesa Wahminia

Para Olimpia d'Avigny en prueba de amistad.

—Es usted adorablemente ingenua, condesa.

—No, marqués; mi ingenuidad estriba precisamente en no conocer ese divino paraíso que tanto ponderáis.

—¡Oh! condesa, yo repito mil veces su adagio: «Ver á Nápoles y después morir». Pero me extraña, condesa, que siendo tan inquieta y que habiendo recorrido toda Europa, no os hayais detenido en Nápoles, ver el golfo más hermoso del globo.

—Créame, marqués; siempre me dió mucho miedo de los volcanes. Este es el motivo de no haber ido...

La condesa Wahminia, polaca de nacimiento, pero criada en París, hacia cuatro años que estaba viuda. El conde Wahminia, poderoso ruso, le había dejado al morir, una fortuna fabulosa. No había tenido hijos. La condesa, que no amaba á su marido, quedó, pues libre, joven, rica y hermosa.

El otoño lo pasaba en París, y en su hotel de la calle Chausse d'Antin, recibía una vez á la semana á una corte de admiradores y adoradores.

Allí, en su original «boudoir», tapizado de seda verde con menudas florecillas rosas, y lleno de cojines persas, se hablaba de amor, de arte, de teatros, de modas, y hasta se criticaba un poco.

La condesa Wahminia, era célebre en París. Llamaban la atención sus extravagancias, sus lujosos trenes, sus trajes. Se hablaba mucho de ella, pero jamás se habló de sus amores. La condesa no tenía amores con nadie.

Se la conocía por el nombre de la Diosa Juno, la de los ojos raros. En verdad que sus ojos eran raros, enigmáticos, cambiaban de color, según el estado de su alma, negros que atraían, de acero que se clavaban cual dardos.

Era alta, delgada, blanca cual las magnolias, con una cabellera naturalmente ondulada de color de ébano.

Tenía un perfil cual la estatua de Juno que se conserva en el museo Ludovisi. De ahí, tal vez su sobrenombre.

Su placer, eran los viajes; á veces, duraban años sus excursiones, y volvía á París, triste, cansada y acaso, enferma.

La condesa Wahminia, guardaba en el fondo de su alma, como un pecado, su romanticismo. Todo lo encontraba prosaico, vulgar; el amor solo lo concebía en los corazones de las mujeres románticas, ella sabía sentir, amar, pero nadie sabía su secreto. No encontraba un alma gemela á la suya. Sola, paseaba sus nostalgias por las grandes capitales, sola con su corazón en el que anidaba un mundo ideal, quimérico.

«Hay que ser más clásicos; el romanticismo ha pasado ya de moda», leyó hasta aquí. Dejó el libro y cerrando los ojos se puso á pensar en su mundo de ilusiones.

«El romanticismo ha pasado ya de moda» — se repetía.

«Hay que ser más clásico». ¿Y cómo?

Por el gran paseo Chiaia de Nápoles, el hermoso paseo que se extiende á lo largo del mar hacia Piedrigotta y que comunica con Mergellina y Posilipo, y que según dicen fue la antigua Olimpia, pasea su gentileza la condesa Wahminia. Hacia ocho días que se encontraba en Nápoles. Ya había visitado los principales edificios, como la catedral, en cuya capilla de San Jenaro, se efectuó el famoso milagro de la liquefacción de la sangre del Santo. Visitó el museo, el palacio real y los de Capodimonte, Orsini, Calogna y Doria.

Desde el castillo de San Telmo, que corona la colina en que se agrupa la parte principal de la capital, contempló llena de emoción, el bello espectáculo.

Recorrió las islas de Ischia, Capri, Prócida, Nísida, Ventotene.

Se internó por los arrabales Vomero, Posilipo, Fuorviatta, Miano-Mianella y Piscino-Marianella.

Sus alrededores curiosos y deliciosos, le llamaron la atención: la Solfatora, la Gruta del Perro, Herculano y Pompeya, los baños de Nerón y de Lúculo y el Vesubio que tanto temía.

En sus largas carreras, á través de las grandes capitales, nunca sintió la emoción que ahora sentía. Verdaderamente se repetía ¿para qué vivir ya?

Febrial se revolvía en su lecho. No podía dormir. Se levantó y abriendo la ventana, se puso á contemplar la ciudad dormida, con un sueño bello y perfumado.

Como un autómatas, se vistió y salió á la calle. La noche era serena y apacible, noche del mes de Julio. Todo era silencio. La luna,

cual un foco enorme, reflejaba en las calles, proyectando sombras fantasmagóricas.

La condesa corrió sin detenerse. Al fin se halló junto al golfo de Nápoles (Croter Simus).

La condesa Wahminia, contemplaba con mirada fija sus profundas aguas. En la quietud de la noche clara, las aguas parecían entonar una canción que atraía. En su fondo había también sirenas.

Permanecía quieta con la mirada fija en las aguas, hasta que ya sin poderse contener se arrojó á ellas, que con sonrisas en los labios repetía «Ver á Nápoles y después morir».

La luna que se había ocultado entre celajes, volvía á asomar su faz grotesca, para alumbrar el bello cuerpo de la condesa, flotando rígido sobre las olas, que dulcemente la acunaban.

Paqueta del Campo de Náñez.  
(De Arte y Letras).  
Albacete, 1922.

## COSAS

LA RUTINA. Instintivamente, al querer saludar, he llevado la mano á la copa del sombrero de paja. Mis dedos han resbalado sobre ella. El saludo ha salido á media. Un poco desconcertado he seguido mi camino. He temido que alguien me haya calificado de tímido. Yo mismo me he reprochado la torpeza. La torpeza, si así cabe llamarla. Yo la llamaría la descostumbre. No es extraño que estas cosas ocurran. Generalmente todos los años, al comenzar la estación veraniega, me ha sucedido lo mismo. Igualmente, todos los otoños al cambiar el sombrero de paja por el de fieltro, sucede lo contrario. Queremos saludar asíndolo del ala, y nos encontramos con que no podemos hacerlo.

Realmente esto es una insignificancia, pero una insignificancia que denota que quien nos guía por la vida, y la rutina. Si observamos atentamente comprobaremos que en todos los actos y en todos los momentos procedemos como por mecanismo.

Aun en la misma conversación nos sucede lo mismo. Charlando decimo frases por que las hemos oído decir. Por eso nos sucede á veces, que el pronunciar la frase que muchas veces repetimos, sentimos algo, como una desconfianza como un temor, de habernos equivocado. Meditamos. Profundizamos el sentido de la frase, y cuando más lo hacemos, menos acertamos á comprender, porque la decimos con tanta naturalidad.

El indudable que la rutina es una ley que rige en todos los momentos á los hombres.

Sentimos confesar una verdad como esta. Porque que podemos esperar de una Humanidad, que vive, que siente, que manda, no se gún sus propias ideas, sino impulsada por un mecanismo misterioso, y que se equivoca al cambiarse de sombrero?

G. Diaz Dola.

Julio de 1922.